

el Príncipe á la posada del Arzobispo, donde pasó la noche.

Al día siguiente, 19 de Octubre, en el inmenso salón del palacio de Viberó, donde se había colocado un sencillo altar, celebróse el matrimonio, siendo padrino el almirante D. Fadrique, abuelo del novio, y madrina la mujer de Juan de Viberó, doña María, dueña de la casa. Hizo de preste en la ceremonia el Capellán del Arzobispo, Pero López de Alcalá, y al salir revestido para celebrar la Misa en el mismo salón, los Príncipes le presentaron la dispensa pontificia y le pidieron que los casase; y leída la dispensa y hechas las proclamas, los desposó, les dijo la Misa y les dió las bendiciones nupciales, según el rito de la Iglesia.

De este acto y de todas sus circunstancias se extendió instrumento público, firmado por Diego Rangel, notario apostólico, y autorizado por Fernando Núñez, tesorero y secretario de la Princesa, escribano de cámara del Rey, y Fernando López del Arroyo, asimismo escribano de cámara del Rey. En la misma acta del matrimonio consta también que asistieron como testigos más de dos mil personas de todos esta-

dos y profesiones, cuyos nombres especifica muy detenidamente en su mayor parte.

El resto del día, dice Clemencín, se pasó en fiestas y regocijos; y al día siguiente por la mañana, conforme á una costumbre que debió ser común y ordinaria, según el tono en que se explican las memorias de entonces, y proscribió la decencia y cultura de los tiempos posteriores, se mostró con pública solemnidad y concurrencia de jueces, regidores y caballeros la ropa del tálamo nupcial.

Siguiéronse siete días de continuos espectáculos y juegos, y al cabo de ellos, según estilo de aquel siglo, salieron en público á Misa los novios, á la iglesia colegial de Santa María.

Así se llevó á efecto este combatido y providencial matrimonio. Quedábale, sin embargo, otro terrible choque que sufrir, del cual salió igualmente triunfante.

Manejóse con tal disimulo y prudencia todo aquel asunto de la entrada de D. Fernando en Castilla y de su matrimonio en Valladolid, que hasta fines de Octubre no

tuvo la menor noticia de ello el rey D. Enrique.

Súpole todo de un golpe en Cantillana por el Marqués de Villena, que le hizo venir allí apresuradamente desde Sevilla, donde estaba, para darle estas noticias que sus espías le trajeron.

Alborotóse el Rey, que aun no había recibido la carta que desde Valladolid le escribiera su hermana, y quiso marcharse allá sin pérdida de tiempo para prender á los Príncipes ó expulsarles fuera del Reino. Sosególe el Marqués, que quería antes que nada ganar tiempo para plantear la diabólica intriga que tenía ya imaginada, y llevóle á Extremadura para que él mismo hiciese entrega de la ciudad de Trujillo al Conde de Plasencia, que era uno de sus paniaguados. En Trujillo, rebosando todavía saña que sin cesar atizaba Villena, recibió la carta de la Princesa el 12 de Octubre; dióla á leer á los de su camarilla, y ésta resolvió en Consejo que no se le diese respuesta alguna por escrito, sino que se contestase verbalmente al mensajero que presto iría el Rey á Segovia y allí se resolvería lo que fuera mejor.

Poseía el Marqués de Villena el genio de

la intriga, y como su sagacidad era también extremada, veía venir las cosas desde muy lejos, y procurábase amigos en todas las parcialidades para servirse de ellos á tiempo; por eso mantuvo siempre secretos tratos con la reina D.^a Juana, madre de *la Beltraneja*, á pesar de haber sido el principal promovedor de la jura de los Toros de Guisando; y cuando se vió derrotado y vencido por la Princesa y el Arzobispo en todos los caminos por donde había procurado atajar la subida al trono de Castilla del Príncipe de Aragón, refugióse en el único que ya le quedaba, que era alejar también de la corona á la princesa D.^a Isabel, desbaratando todo lo hecho en el concierto de los Toros de Guisando.

Imaginé, pues, desposar á la niña doña Juana, *la Beltraneja*, que contaba entonces ocho años, con aquel Duque de Berry, hermano de Luis XI, que había pretendido la mano de la princesa D.^a Isabel; hacer luego que el Rey se desdijese de todo lo jurado en los Toros de Guisando, y que reconociendo á la niña D.^a Juana por su legítima hija, la hiciese jurar de nuevo con su esposo el Duque de Berry, príncipes herederos del trono de Castilla.

Imposible parece que hombre alguno pudiera amoldarse á estas vilezas que sólo por satisfacer sus intereses privados exigía del Rey el Marqués de Villena; amoldóse, sin embargo, D. Enrique, porque de tal manera estaba supeditado á su indigno favorito, que dice á este propósito su fiel, pero imparcial cronista Enríquez del Castillo:

«Entre tanto que estos males y plagas corrían por el Reino, siempre el Rey se estaba en Segovia retraído, no porque le faltaba seso ni discreción para sentir é conocer los trabajos de sus Reinos, mas porque estaba tan sojuzgado al querer é voluntad del Marqués de Villena, que no se acordaba de ser Rey, ni como Señor tenía poder para mandar, ni como varón libertad para vivir; en tal manera, que por tales indicios se sospechaba que por hechicerías é bebedizos estaba enagenado de su propio ser de hombre; porque por ninguna resistencia ni contradicción salía del grado é querer del Marqués, é por esta causa todos los Grandes del Reyno avían gana de estar en sus casas é no quedar en la Corte.»

Decidido el Rey á seguir el plan del funesto Marqués de Villena, y de acuerdo antes con la no menos funesta reina doña

Juana, sólo quedaba ya que autorizase el rey Luis XI la boda de su hermano, cosa en verdad harto fácil, porque al empeño de alejar de Francia al Duque de Berry, se unían en el solapado Luis sus deseos de mortificar al viejo Rey de Aragón, á cuya Casa guardaba de antiguo la más atroz enemiga.

Enviáronse, pues, al Monarca francés embajadores secretos, encargados de hacerle entender y convenir en el plan que se proyectaba, y mientras la respuesta venía, llevóse Villena al Rey á Segovia, donde tan entretenido le tuvo, que no fueron parte á sacarle de su retraimiento, ni el hambre atroz que padecieron aquel año sus pueblos, ni las otras calamidades á que alude Castillo en el pasaje que antes citamos.

Mientras tanto, los Príncipes, que pronto se percataron de lo que se trataba, enviaban al Rey cartas y embajadas suplicándole que autorizase su matrimonio, y proponiéndole toda clase de medios de conciliación y arreglo; mas nada contestaba éste por escrito, limitándose á responder á los mensajeros algunas frases vagas que revelaban claramente la irritación que cuidaba de mantener en su ánimo, viva y sañuda, el Marqués de Villena.

Escribióle también á éste el almirante D. Fadrique, sin obtener tampoco respuesta, y entonces decidióse á escribir al Rey directamente, y también en el mismo sentido, el Arzobispo de Toledo. Á éste contestóle las siguientes palabras, por medio del mismo mensajero, que era un familiar de la Casa del Arzobispo:

—*Decid al Arzobispo que yo le agradezco su buena voluntad, é que placiendo á Dios, en todo lo que él envía á decir por su creencia, se dará presto tal modo y orden cual verá.*

Y esto así contestaba porque ya entonces tenía noticia de que el Rey de Francia le enviaba una solemne embajada para pedir para su hermano el Duque de Berry la mano de la siempre discutida y tantas veces desairada D.^a Juana, la Beltraneja.

Hallábase á la sazón esta desventurada niña en el castillo de Buitrago, bajo la custodia y amparo del Marqués de Santillana y de toda la Casa de Mendoza, que había defendido hasta entonces, de buena fe, sus pretendidos derechos de hija y de Princesa, por no haber querido creer nunca las liviandades de la reina D.^a Juana.

Mas permitió Dios que esta misma seño-

ra, sin quererlo ni intentarlo, viniese á abrir los ojos á aquellos ciegos y fieles servidores, poniéndoles delante sus torpezas, con grave perjuicio de su hija.

Y fué el caso, que relata Pulgar en su Crónica, que reclusa D.^a Juana por su esposo en el castillo de Alahejos, bajo la custodia amistosa del arzobispo de Sevilla, D. Alonso Fonseca, cuyos eran el lugar y la fortaleza, trabó relaciones con un manco muy galán, llamado D. Pedro de Castilla, sobrino del Arzobispo, que éste mismo había puesto allí al servicio y guarda de D.^a Juana.

—*Esta Reina, dice Hernando del Pulgar, como en la Crónica del rey D. Enrique su marido debe ser relatado, deleytándose más en la hermosura de su gesto que en la gloria de su fama, ni guardó la honra de su persona como debía, ni menos la del Rey su marido. É la causa de este hierro, algunos quieren afirmar que procedía della, por ser muy moza y hermosa, é mujer á quien placian hablas de amores é de las otras cosas que la mocedad suele demandar é la honestidad debe negar.*

Y resultó de todo este conjunto de aventuras y circunstancias, que vinieron al

mundo dos angelitos que se llamaron don Fernando y D. Apóstol, *que al presente, añade Pulgar, se criaban en Santo Domingo el Real de Toledo, en poder de la Priora de aquel Monasterio, que era tía de aquel D. Pedro.*

Llegaron por aquel entonces á noticia de la reina D.^a Juana los tratos y conciertos, que ya se murmuraban, de la jura de doña Isabel en la venta de los Toros de Guisando, y como fuese esto tan en contra de su mal parada honra y de los intereses de su hija, resolvió fugarse del castillo de Alahijos para protestar de cuanto allí se hiciese, y reclamar ante el Nuncio del Papa. Fraguó, pues, un plan de huída, en que la prestó grande ayuda, no el Alcaide del castillo, como dice Enríquez, sino su cómplice y amigo del corazón, D. Pedro de Castilla.

Hallábase la fortaleza separada del pueblo sólo por una estrecha cañada, y formábanla cuatro macizos torreones unidos por sus respectivas cortinas ó lienzos de altas murallas.

Vivía D.^a Juana en uno de estos torreones, á cuyas ruinas llaman todavía las gentes del país *el tocador de la Reina*. Esta había de salir de su torreón al adarve muy á

deshora de la noche, y cuatro jayanes, que el D. Pedro había encontrado medio de introducir en el castillo, la descolgarían en un cesto por aquella parte de la muralla; al pie de ésta esperaría D. Pedro con algunas caballerías, y sin perder un momento emprenderían entonces la fuga. Cumplióse todo al pie de la letra, sin que les ayudase mucho la fortuna.

La Reina se descolgó en un cesto, dice Castillo, é como la soga con que la descolgaban era corta, que no alcanzó hasta el suelo, los que la descendían, pensando que ya estaba en el suelo, soltaron la soga y cayó en tierra: por manera que se lijó un poco en la cara y en la pierna derecha. Pero luego que así cayó, fué arrebatada é puesta en las ancas de la mula de D. Pedro de Castilla; é así á más andar sin parar se vino con ella hasta la villa de Buytrago donde estaba su hija...

¡De tan vergonzosa manera hizo su entrada la reina D.^a Juana, bajo aquel noble y hospitalario techo que amparaba á su hija!..

Hallábanse á la sazón en Buitrago todos los hermanos Mendoza, el Marqués de Santillana, el Obispo de Sigüenza, los Con-

des de Tendilla y de Coruña y D. Juan y D. Pedro de Mendoza, y juntos recibieron á D.^a Juana, con gran sorpresa y aun con disgusto, pero con todo el respeto y acatamiento que á tan nobles caballeros debía merecerles la Reina de Castilla.

Mas aquella temporada de vida íntima con D.^a Juana, bastó para convencerles de que las desenvolturas de la Reina no eran, como creyeron ellos hasta entonces, la ligereza de una moza alegre y poco recatada, más ó menos decorosa, pero siempre inocente en el fondo; sino que encubrían, por el contrario, liviandades y torpezas que no podían justificar ni la edad ni el temperamento; y convencidos también hasta la evidencia de la complicidad de la Reina con D. Pedro de Castilla y de la existencia de aquellos dos niños que se criaban en Toledo, D. Fernando y D. Apóstol, ya no les parecieron tan inverosímiles y calumniosas las voces que corrían sobre la legitimidad de D.^a Juana, y mucho debieron asentarse estas dudas en el ánimo elevado y recto del Obispo de Sigüenza, cuando muy poco después se atrevió á decir al mismo Diego Enríquez del Castillo, que en su Crónica lo cuenta: *Que dudaba si la princesa D.^a Jua-*

na era hija del Rey, visto el disoluto vivir de la Reyna su madre.

Desde entonces, la actitud de este grande hombre, que llamó con harta razón la posteridad el Gran Cardenal de España, fué de la mayor dignidad y nobleza.

Jamás se separó de su Rey y Señor natural Enrique IV; pero fué siempre á su lado el defensor de los derechos de la princesa D.^a Isabel, legítima heredera del trono, y el pararrayos que detenía las tempestades que la saña, la envidia y el despecho del Marqués de Villena levantaba de continuo contra ella; y cuando el odio cegó á éste hasta el punto de solicitar del Rey que prendiese en Segovia á los Príncipes y al mayordomo Cabrera y á doña Beatriz de Bobadilla, su mujer, y vino en ello el imbécil de D. Enrique, quiso, sin embargo, consultarlo antes con el Obispo de Sigüenza: entonces le contestó el noble Prelado con digna entereza:

«—Nunca plega á Dios, Señor, que yo sea en deservicio de estos dos Príncipes, que de vuestra voluntad vinieron á Segovia á vuestro poder. É pues al tiempo que vos plugo que viniesen, no comunicasteis conmigo su venida, menos debíades ago-

ra comunicar su daño. Pero pues ya os plugo de me lo facer saber, yo vos requiero con Dios que no concibáis en vuestro ánimo tal fazaña: porque no pongo en duda que hayáis todo el Reyno, especialmente las comunidades contrarias, las cuales tienen creído que de derecho pertenece la subcesión á esta Princesa, vuestra hermana, é podría ser que dello se vos siguiera un gran deservicio, é un peligro de vuestra persona real.»

Gozosísimo y triunfante, como caudillo que acaba de alcanzar una victoria, anunció al Rey el Marqués de Villena que ya estaba en Burgos la Embajada francesa encargada de pedir la mano de D.^a Juana la *Beltraneja* para el Duque de Berry.

Componíanla doscientas cincuenta personas, y venía al frente de ellas aquel mismo Cardenal de Arras, que vimos ya desempeñar igual misión en Madrigal cerca de la princesa D.^a Isabel y de la Reina viuda su madre; éste y el señor de Torey traían la representación del rey de Francia Luis XI, y el Conde de Boulogne y el señor de Mo-

nacorsi, los poderes del Duque de Berry, para desposarse con D.^a Juana en su nombre.

Quiso el Rey recibir á los Embajadores con la suntuosidad y aparato que ellos mismos traían, y resolvió hacerlo en Medina del Campo, adonde se trasladó con todos los Grandes y Prelados que pudo allegarse, que fueron bien pocos y desleales y harto caro pagados, como dice Pulgar, *con grandes dádivas, é maravedis de juro de heredad é promesas de mercedes de vasallos é otras rentas que el rey D. Enrique dió é prometió* si le seguían y juraban á la *Beltraneja* como hija suya y Princesa heredera de Castilla.

Fueron los comprometidos á esto el Marqués de Villena; el Conde de Plasencia, que por intrigas y artes de Villena acababa de ser nombrado Duque de Arévalo; D. Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, que era yerno del Marqués; el arzobispo de Sevilla, D. Alonso de Fonseca; el Obispo de Burgos y algunos otros caballeros y Prelados de menor cuenta.

Salieron todos juntos á recibir á los franceses á una media legua de Medina del Campo, con grande aparato y señaladas

muestras de regocijo, y tres días después recibíoles el Rey solemnemente, no en el castillo, sino en una gran sala del palacio, rodeado de todos los Grandes y Prelados y de los señores de su Consejo.

Entonces fué cuando aquel descomedido Prelado, ciego por el odio que tenía á los castellanos y aragoneses y por el resentimiento que guardaba á la princesa doña Isabel, pronunció palabras malsonantes que ningún cronista de la época se atrevió nunca á consignar.

Enríquez del Castillo limítase á decir que fueron palabras tales, *que por su desmesura son más dignas de silencio que de escritura*; y Mosén Diego de Valera, más desenfadado, dice: «El Cardenal explicó su embajada por palabras muy deshonestas, ca era hombre sin vergüenza é osado, é parecíale que la sabiduría en aquello consistía, y entre las otras cosas dixo algunas injurias al príncipe D. Fernando, é á la princesa D.^a Isabel é al Arzobispo de Toledo, é atacaba de malicia é de infidelidad á la gente de España, y con su soberbio hablar pensaba la voluntad de los oyentes, á quien claramente injuriaba, atraer á lo que quería, diciendo que el casamiento del Du-

que de Berry se concordase con D.^a Juana, hija que se llamaba del rey D. Enrique, é allende de estas cosas otras muy más locas palabras.»

Los historiadores modernos, y especialmente D. Diego Clemencín en su admirable *Elogio de la Reina Católica*, son los que han derramado la clara luz de la evidencia sobre este misterioso suceso, y los que han repartido con justicia y con verdad las responsabilidades en que incurrieron cada uno de los personajes que en tan enojoso asunto tuvo parte, sacando, todos unánimes, pura y sin mancilla, la honra de los príncipes D. Fernando é Isabel, víctimas en esta criminal intriga, del celo poco escrupuloso de sus amigos.

«Y así resecebidos y aposentados, dice Castillo, dende á tres días, el Cardenal é los otros embaxadores vinieron al palacio del Rey é entrados en una sala ante su Real presencia, estando presentes los Prelados y Caballeros de su Corte, el Cardenal propuso, diciendo que como el Rey de Francia toviese mucho amor con él y lo quisiera como hermano, confederado é aliado, queriendo que aquella hermandad fuera más firme é durable, enviaba á él é á los otros

caballeros que con él venían á Su Alteza, para contratar con Su Alteza el casamiento del Duque de Berry, su hermano, con la señora D.^a Juana su hija; é aquí disparó algunas palabras contra la Princesa Doña Isabel, tales, que por su desmensura son más dignas de silencio que de escriptura.»

Estas palabras *desmensuradas*, dichas además con tono injurioso y significación deshonesta, fueron en substancia, que el matrimonio de la princesa D.^a Isabel con don Fernando era ilícito y criminal, puesto que la Bula de dispensa que se suponía dada por el papa Pío II, ya difunto, era fingida y falsa, no habiendo el Papa dado nunca semejante Bula, por lo que el matrimonio de los Príncipes era nulo, no siendo ni pudiendo ser tal matrimonio sino un criminal amancebamiento.

Creyeron todos entonces, como han seguido creyendo en todos los tiempos, que el Cardenal, cegado por el rencor, calumniaba miserablemente á la Princesa; calumniábala en efecto, pero la calumniaba con *la verdad*, porque aquella dispensa de Pío II aducida para el matrimonio era realmente falsa y apócrifa, hábilmente falsificada por el rey de Aragón, D. Juan II, y

por el Arzobispo de Toledo, grandes políticos, sin duda, pero de aquellos á la moda del tiempo, precursores de Maquiavelo, que no titubeaban en los medios si el fin fuera útil y bueno.

Apremiados por las circunstancias de tiempo y secreto en que hubo de celebrarse el matrimonio de los Príncipes y convenidos de que jamás daría la Princesa su consentimiento sin el previo requisito de la dispensa, imposible ya de alcanzar en tan breve plazo, fraguaron el viejo Rey de Aragón y el Arzobispo de Toledo la falsificación de la Bula, como único medio de solucionar el conflicto, engañando á la princesa D.^a Isabel para acallar sus escrúpulos religiosos, y con el propósito siempre de pedir una verdadera dispensa, en cuanto las circunstancias lo permitiesen.

Los Príncipes presentaron, pues, esta dispensa en el momento de su matrimonio con absoluta buena fe, sin sospechar siquiera que fuese el fruto de tan criminal intriga, y no bien supieron en Dueñas, donde á la sazón se hallaban, el lazo en que habían caído y el escándalo promovido por el Cardenal de Arrás en Medina del Campo, pidieron en el acto una verdadera dispensa

á Roma, confesando al Papa el engaño de que habían sido víctimas, y la culpa involuntaria en que habían incurrido. Otorgóla sin titubear un momento el papa Sixto IV, que ocupaba entonces la silla de San Pedro, y envióla á los Príncipes con el Cardenal Rodrigo de Borja, que fué después Alejandro VI (1).

Oyó el rey D. Enrique con grande paz y sosiego esta diatriba del Cardenal, y como si no le alcanzasen áéllas injurias, ni tuviese que ver nada con los injuriados, contestóle con *mucha gracia*, dice Enríquez, «que avía mucho placer de la demanda que traían: porque aquello era lo que le agradaba; por tanto, que desde allí nombraba é diputaba al Maestre de Santiago é al Arzobispo de Sevilla é al Obispo de Sigüenza, para que lo contratasen é concluyesen».

Celebraron, pues, los comisionados varias conferencias con los Embajadores franceses, y convenidos del todo, fijó el

(1) El original de esta Bula, lo mismo que la falsificación de la atribufda á Pío II, existen ambos en el Archivo de Simancas.

Rey para los desposorios el 26 de Octubre. Habían de celebrarse éstos en el valle de Lozoya, que está entre Segovia y Buitrago, viniendo desde aquí la niña *Beltraneja* con su madre la reina D.^a Juana y el rey don Enrique, con su corte y los Embajadores franceses, desde Segovia.

Había en el valle un extenso llano, verde y florido en la primavera, que llamaban del Salvador, y allí levantaron una especie de campamento, que hacía el efecto, desde lejos, de las ferias de ganado en los lugares de Andalucía. Colocaron en el centro una gran tienda, donde había de tener lugar la ceremonia, rodeada de fuerte empalizada á modo de palenque, y guardada en toda su extensión por muchos hombres de armas.

Hallábase la tienda magníficamente adornada en su interior con ricos paños de damasco, alfombras, estrados y sitiales para los Reyes, y en su exterior con rústicas guirnaldas de follaje, banderas y gallardetes; clavado á la puerta, en una especie de pedestal, levantábase enhiesto el estandarte Real de Castilla con muchas borlas y rapacejos, y dos maceros y cuatro hombres de armas hacíanle la guardia inmóviles

como estatuas. Por dentro de la empalizada alzábanse otros varios pabellones, adornados también con magnificencia, para los magnates y Embajadores, y por el lado de fuera veíanse multitud de barracas, como las de las ferias de hoy, donde se refocilaban los estómagos con refrescos, mostos de la tierra, sólidos jigotes y exquisitas golosinas y se distraían los ánimos con las coplas y pantomimas de los juglares; muchos de éstos vendían á los papanatas de la época—pues en todas ellas los ha habido—amuletos y cuentas hechizadas, y clandestinamente y recatándose de frailes y clérigos, ofrecíanles también grotescos muñequillos de trapo y barro para hechizos de amor ó de venganzas; supersticiosa y horrible farsa ésta, que tres siglos después aun no había logrado la Inquisición desarraigar del todo.

La curiosidad y de ninguna manera el entusiasmo por el acto que iba á celebrarse ni el afecto á las Reales personas que en él intervenían, era la que había despoblado todos los lugares vecinos y atraído al valle de Lozoya una muchedumbre abigarrada y llena de animación, compuesta de todos los elementos que formaban la so-

ciudad de entonces; labradores, aldeanos, menestrales, burgueses, clérigos, frailes, hidalgos, mujerzuelas, damas principales y multitud de judíos, entraban y salían en las barracas con actividad de inquieto hormiguero; y apiñábanse en torno de la empalizada, ávidos de contemplar la comitiva de los magnates, por esa atracción misteriosa, mezcla de admiración y de envidia, que ejerce todo lo que está arriba sobre todo lo que está abajo, todo lo que sobresale algo, en cualquier género que sea, sobre todo lo que no se alza nada, sobre el nivel común de las medianías ó las nulidades.

Llegó al fin el Rey el primero, precedido de clarines y maceros, rodeado de su corte y de los Embajadores, y escoltado por sus guardias *continuos*: no se detuvo en el campamento la brillante comitiva, ni penetró siquiera en el palenque, sino que bordeando la empalizada entre la muchedumbre, siguió por el camino de Buitrago para salir al encuentro de la Reina.

Venía ya ésta por la angostura del valle, escoltada aparatosamente por toda la Casa de los Mendoza. Tuvo esta Reina funesta, que tanta sangre y tantas lágrimas costó á

Castilla, gran fama de hermosura, y poseíala en efecto, porque realzaba con el lujo de sus galas y el postizo de sus afeites los encantos reales con que la había dotado la Naturaleza. Una delicada capa de arrebol matizaba suavemente sus nacaradas mejillas, y sus rubios cabellos tenían verdaderos vislumbres de oro, gracias á un aceite misterioso, secreto de un alfaquí moro, tan inflamable á la acción del calor, que bastó cierto día que un rayo de sol la diera algún tiempo en la cabeza, para hacerle arder súbitamente la cabellera con grave peligro de su hermosura y aun de su misma vida: extraño caso este que consignan todos los cronistas de la época, porque sirvió para descubrir una gran vergüenza de la Reina que perjudicó mucho á su honra.

Venía la Reina envuelta por completo en un blanco alcaicer de seda cruda, como las mujeres árabes, que la preservaba del polvo y del aire y la cubría de pies á cabeza sin impedirla el manejo de su cabalgadura, que era una hermosa mula rucia muy manchada de negro: á su derecha iba una hacanea blanca de muy poca alzada, con jamugas de plata sobre gualdrapa de ter-

ciopelo azul bordada de lo mismo; conducíanla por ambas bridas dos mozos de espuela y otros dos marchaban detrás á derecha é izquierda: entre ambas parejas de mozos, iban también, una á cada lado, dos dueñas muy autorizadas, montadas en sendas y pacíficas mulas; y sentada en la hacanea, ó más bien, hundida en los almohadones de las jamugas y fuertemente afianzada con correas para que no resbalase y cayera, iba una especie de bulto blanco, que hubiérase tomado por lío de trapos, si sus inquietos movimientos no revelasen á veces que iba allí un ser viviente.

Y sin embargo, bajo aquel lío de trapos, que no era sino un blanco alcaicer y velos morunos, como los de la Reina, iba la heroína de la fiesta, la novia del Duque de Berry, D.^a Juana *la Beltraneja*, que contaba á la sazón ocho años.

Formaban la comitiva de la Reina más de 60 personas, sin contar las 100 lanzas aprontadas por los hermanos Mendoza para escoltarla, y marchaba á la cabeza el Marqués de Santillana y sus cinco hermanos, el Obispo de Sigüenza, el Conde de Tendilla y el de Coruña, D. Juan y D. Pedro de Mendoza y cinco damas de la misma

ilustre Casa, probablemente esposas de éstos.

Sonaron en lo más hondo del valle los clarines que precedían al Rey, y al oírlos la Reina, detuvo al punto su cabalgadura y apeóse ligeramente sin auxilio de nadie, no con la premura de la mujer ansiosa de recibir á su marido, sino con previsión de coqueta temerosa de que la sorprendieran en aquella guisa los apuestos Embajadores franceses.

En mitad del campo, como aquellas Princesas de la Odysea que hacían su *toilette* en las claras aguas de un arroyo, hizo la suya la Reina bajo un robledal, despojándose de todos aquellos alcaizares y cendales que la afeaban y apareciendo en todo el esplendor de su belleza, su lujo y su elegancia.

Cinco siglos antes de inventarse los automóviles y de haber imaginado las damas de hoy el socorrido *cachepousière*, ya había sabido ingeniar esta coqueta del siglo XV, para llegar sin la menor chafadura después de una caminata de dos leguas á caballo, por los caminos de entonces.

Apeáronse todos los de la comitiva, á ejemplo de la Reina, y aparearon también á la princesa D.^{na} Juana, que despojada á su

vez de todos los velos y alquiceres que la hacían parecer un lío de trapos, apareció entonces, no en todo el esplendor de su belleza, como su madre, sino en toda la plenitud de su insignificancia, cualidad la más desfavorable para un Príncipe, y que, sin embargo, es el pálido y único resplandor que ilumina en la Historia la triste y descolorida figura de D.^{na} Juana *la Beltraneja*, víctima inocente de las culpas de sus padres, y juguete siempre de enconos y ambiciones ajenas.

Tenía á la sazón D.^{na} Juana ocho años, y no era entonces ni lo fué nunca, alta ni baja, fea ni bonita, necia ni discreta: cuidaban poco del aliño de su persona, y en gracia de la solemnidad de que aquel día era heroína, habíanla ataviado con lujo y adornos inusitados que embarazaban sus movimientos y la hacían parecer cohibida y hasta ridícula.

Galanas y bizarras las damas y libres ya de todo lo que las encubría ó afeaba, púsose de nuevo en marcha la comitiva, llevando esta vez la brida de la mula de la Reina

el Marqués de Santillana, y la de la haca-nea de D.^{na} Juana, D. Pedro, el menor de los hermanos Mendoza. Á un tiro de piedra topáronse con la comitiva del Rey, y ya juntos todos dirigiéronse al campamento, entre un torbellino de gente, haciendo por el camino los caballeros franceses mil primores y gentilezas con los caballos, que agradaron mucho á las damas y los acreditaron ante todos de consumados jinetes.

Entonces, en la gran tienda levantada en el centro del palenque, tuvo lugar uno de los actos más viles y vergonzosos que registra la Historia. Sentado el Rey en su improvisado solio, teniendo á su derecha á la Reina y á su izquierda á la infeliz niña á quien con vergüenza de todo el Reino llamaba á veces su hija; en presencia de todos los Grandes y Prelados de la Corte, de los Embajadores franceses y de aquel inmenso pueblo que se oprimía, ávido por escuchar, en torno de la tienda, mandó D. Enrique á su Contador mayor Antón Núñez de Ciudad Rodrigo, leer una *carta patente* firmada de su mano y sellada con el sello Real, que se divulgó después por toda Castilla, causando el efecto del espumarajo del

blasfemo, que escupe al cielo y le cae en mitad de la cara.

En este vergonzoso documento, obra del Marqués de Villena y fruto y resultado de sus intrigas y cálculos, refería el Rey á su modo el concierto de los Toros de Guisando; acusaba á la princesa D.^{na} Isabel de haber faltado á todos sus compromisos; hacíase eco de las viles injurias vomitadas contra ella en Medina del Campo por el Cardenal de Arrás, y concluía desheredándola por estas falsas razones, desdiciéndose de todo lo jurado en Toros de Guisando y nombrando Princesa de Asturias y legítima sucesora de los Reinos de Castilla á *la su muy amada hija D.^a Juana, que presente estaba y daba por esposa al inclito Duque de Berry y de Guiana, Carlos, hermano del Rey de Francia, heredero con ella, por virtud del desposorio, después de su fallecimiento.* En virtud de lo cual suplicaba y mandaba á todos que obedeciesen á la dicha princesa D.^{na} Juana, *la su muy amada hija*, y la jurasen con aquella solemnidad que de derecho en tal caso se requería, para que después de su muerte ella sucediese y heredase en todos su reinos, estados y señoríos...

¡Podía estar el Marqués de Villena satisfecho!... ¡Jamás favorito alguno alcanzó victoria tan completa, ni hundió á su Rey en cenagal más hondo de vergüenza y de ignominia!...

Un silencio glacial acogió la lectura del infame documento, así dentro como fuera de la tienda. Mas á una seña del Marqués de Villena sonaron al punto las trompetas y atabales y una ruidosa música de chirimías morunas, traída, como gran novedad, al efecto, y todos aquellos Grandes y Prelados, venales y corrompidos, que se vendían y compraban al mejor postor, y que habían jurado ya por Princesa á D.^a Isabel, se inclinaron y doblaron la rodilla y juraron á *la Beltraneja*, sin temor de Dios, ni empacho de su perjurio, ni miedo á la pública vergüenza.

Una excepción hubo, sin embargo: el gran obispo de Sigüenza, D. Pedro González de Mendoza y sus cinco hermanos, negáronse á jurar respetuosa, pero enérgicamente, dando por decoroso pretexto, en aquel tan espinoso asunto, que ya ellos habían jurado á D.^a Juana, cuando al poco tiempo de nacida el Rey les mandó jurar, promoviendo así la rebelión

de los Grandes y el vergonzoso auto de Ávila.

Quedábales, sin embargo, por cometer aquel día otro perjurio á los indignos monarcas de Castilla D. Enrique y doña Juana.

El deslenguado Cardenal de Arrás subió atrevidamente las gradas del trono en que se hallaban los Reyes, y cogiendo la mano de la Reina y apretándola fuertemente, preguntóla si juraba que la niña allí presente, y tenida por hija suya, lo era también del Rey. La Reina, sin palidecer siquiera bajo su colorete, ni bajar los ojos ante la mirada indagadora del Cardenal, contestó que *así lo juraba*.

Fuése entonces el Prelado al Rey, y, tomándole la mano de idéntico modo, hízole la misma pregunta. Turbóse D. Enrique algún tanto, menos cínico ó menos osado; miró á hurtadillas al Marqués de Villena, como en demanda de auxilio, y contestó al cabo, bajando los ojos, que *así lo juraba*. Satisfecho el Cardenal entonces, mandó llamar al Conde de Boulogne, que traía la representación del Duque de Berry, que esperaba en un pabellón vecino, y uniendo su mano con la de la princesa D.^a Juana,

y apretándolas las dos con una de las suyas, quedó hecho el desposorio.

Mas como si se colmase con esto la paciencia divina y sonara ya la hora de las venganzas, sucedió entonces un caso extraño, que muchos tomaron por prodigio y algunos por principio cierto de futuras desgracias. Y fué ello que, «faciendo día muy claro, dice Mosén Diego de Valera, un viento súpito se levantó con tan grande escuridad de nublados é de agua é de granizo tan grande, que no se pudiendo remediar, se partieron los unos de los otros, buscando cada uno donde pudiese guarecerse, dejando á D.^a Juana sola. Ni el Rey que era usado de sufrir muchas veces nieves é vientos, no se pudo sofrir, que no desamparase la hija tan amada, la qual sola quedó con un mozo de espuelas, el qual la puso debajo de algunos robles y estuvo allí una gran pieza fasta que pasó aquella turbación; é los caballeros con gran vergüenza volvieron á la buscar, de los cuales algunos ovo que pronosticaron de aquel caso los males que después vinieron, á causa de esta D.^a Juana, nascida para daño universal d'España».

¡Aquel ciclón, repentino y espantoso, des-

garró en un segundo las tiendas, desbarató mojigangas y banderas, hizo trizas las barracas, arrancó de cuajo los árboles, dispersó y puso en temerosa fuga personas y bestias, al compás de pavorosos truenos, cual si la cólera de Dios quisiera barrer del suelo de Castilla tanta ignominia, tanta vergüenza, tanto perjurio!...

Y cual si el otro ciclón de la muerte hubiera querido abrir camino á tiempos mejores, arrebató también en brevísimo plazo á todo el que se oponía á la subida al trono de Isabel y de Fernando. Murió de veneno aquel Duque de Berry, desposado con la infeliz *Beltraneja*; murió aquel Cardenal de Arrás, complicado en el asesinato del Conde de Armagnac, muerto á puñaladas en su presencia; *y murió, dice Enriquez, quemado de fuego salvaje, sin remedio alguno ni cura que le pudiera prestar sanidad é ansi murió más desesperado que con devoción.* Murió también el Marqués de Villena de una postema en la garganta, mereciendo su muerte del cronista este solo comentario: «¿Qué fama correrá de ti entre la gente del mundo, sino que perdiste la vida usurpando lo ajeno? Bástete, pues, saber de cierto que dejas feo